

ducciones legendarias de nuestra moderna literatura, sin descontar los *Cantos del trovador*, ni los *Romanes históricos* del Duque de Rivas. Citaré en abono de esta aseveración un fragmento del diálogo (de la leyenda *En la sombra*) sostenido entre una madre y el matador de su hijo, á quien oculta de las pesquisas del Alcalde por no quebrantar la palabra que dió al homicida fugitivo cuando aún no era conocedora de su desgracia:

EL (oculto detrás del tapiz).no he de salir
sin vuestro nombre saber.

ELLA (desde fuera). Nunca. (Con firmeza.)

—Dejad que me asombre.

—Sellad el labio, buen hombre,
que exigís un desvarío;
yo no quiero dar mi nombre
ni el vuestro saber ansío.

—Quiero el vuestro bendecir.

—Yo el vuestro quiero ignorar;
que al saberlo, sin sentir,
pudíerale maldecir
y os pudiera denunciar.

Y porque más confiado
viváis, con cautela rara
de ese lugar recatado
quiero que salgáis tapado
para no veros la cara.

¿Lo oís? (Con energía.)

(Resignado.)—¡Vuestro esclavo soy!...

Llenaré vuestros antojos.

—¿Estáis cubierto?

—Lo estoy.

—Pues ved que de espaldas voy

(Se dirige á una puerta secreta)

para alivio de mis ojos.
Que si os llegasen á ver,
y recordasen la ofensa
que aquí me acabáis de hacer,
dudo que en vuestra defensa
os pudiera Dios valer.

—Ya salgo

—Seguid en pos.

—Ya os sigo.

—¡Noche funesta! (Se cubre el rostro.)

—¡Qué noche para los dos!

—Salid por la puerta aquesta.

—Adiós, señora. (Saliendo.)

(Sin mirarle.)—Id con Dios.

Sonó el ligero estallido
de una llave algo apretada;
salió el matador huido,
y la dama, acongojada,
lanzó al cerrar un gemido.
Y á solas con su orfandad,
mirando al cielo exclamó:

¡Dios mío, Dios de bondad,
ante tu inmensa piedad
aún soy muy pequeña yo!

¡Lástima profunda y elocuente ejemplo de la anarquía intelectual en que vivimos! El tierno y simpático poeta á cuyas peregrinas dotes me complazco en hacer justicia, no pudo resistir el deletéreo influjo de la propaganda doctrinal que el escepticismo del Estado moderno permite á todos los errores, y fué víctima de su propia sensibilidad, excitada por la pérdida de seres queridos, y que de la nostalgia punzadora y tenaz le arrojó al fondo de los delirios espiritistas. En vano pretendía ennoblecerlos el desdichado neófito, porque las inspiraciones que les debió no son más que destellos fríos y apagados de una lámpara que se extingue, vencida por la irrupción de las sombras.

Hace ya muchos años que se despidió de las musas D. Vicente Barrantes, otro ingenio extremeño, á quien sólo se conoce hoy como escritor elegante, aventajado erudito y miembro numerario de las Academias Española y de la Historia. Sus aficiones á la Poesía aplicadas al cultivo de géneros muy desemejantes, se manifestaron primeramente en una cosecha de frutos á medio sazonar, los del volumen de *Baladas españo-*

las, dos veces impreso ¹. Corazón sano é impresionable, inteligencia cultivada con el estudio de la Literatura, sobre todo la del presente siglo; tales son los dotes con que Barrantes contaba, y que tal cual vez le sacaron airoso de la lucha con las múltiples dificultades de la empresa. Si todas estas baladas fuesen como la que se titula *El alma en vela*, que por la impalpable suavidad del sentimiento rivaliza con *El velo blanco*, de Hartmann; si cuando menos se sostuvieran en la apacible mediocridad de *La golondrina*, *Santa Isabel* y *Murillo*, *Canciones del mes de Mayo*, *Flor trasplantada* y *Esposa sin desposar* (la última está imitada de la *Fiancée du timbalier*, de Víctor Hugo); si el perfecto señorío de la forma hubiese dejado decir al poeta todo lo que él sentía y pensaba, entonces la colección de *Baladas españolas* poseería otros méritos que el relativo de haber aportado una variedad nueva á la flora poética nacional. No hay para qué hablar de la trivialidad insípida con apariencia de humorismo, ni de las extravagancias métricas que deslucen á trechos la colección.

Menos comporta los rigores del análisis el libro de Barrantes *Días sin sol*, poesías filosóficas que se separan mucho de las baladas, aunque alguna vez, y sólo en la forma, afecten cierto parecido. Algo de eso hay en la dedicada *A los poetas*, grito de horror arrancado por los excesos de la fiera revolucionaria. Aquel metro en que Jorge Manrique encerró sus quejas á la muerte de su padre, legándonos una joya custodiada en urna inmortal, sirve al poeta del siglo XIX para llorar las agonías de la patria:

Yo digo «adiós» á la gloria,
A España que se derrumba:
Adiós todo.
Pueblo que llenó la historia
Está mejor en la tumba
Que en el lodo.

¹ *Baladas españolas de Vicente Barrantes*. Madrid, 1853.—Segunda edición. Madrid, 1865.

A la luz de la fe escudriña el autor los senos de la sociedad actual, lanzando á su frente el encendido anatema, lo mismo en esta composición que en otras mucho más incorrectas, pero no menos intencionadas.

El cantor de *Las cuatro estaciones*, D. Eduardo Bustillo, se distinguió hasta estos últimos años por su afición á la poesía íntima y psicológica, si bien figura entre sus producciones un *Romancero de la guerra de Africa* hartamente menos conocido que el que dirigió y coleccionó el Marqués de Molins. *Las cuatro estaciones* contienen rasgos de exquisito sentimiento y apasionado amor á la naturaleza, aunque no la busca tanto el autor por sí misma como por las altas contemplaciones filosóficas á que brinda con sus encantos y misterios. Él ha determinado en una composición el carácter de todas las suyas, carácter sereno y razonador propio de los poetas septentrionales, á diferencia de los que recibieron desde la cuna los abrasados ósculos de un sol indeficiente en los países del Mediodía. La intención moral es compañera inseparable de la musa de Bustillo; pero no la ahoga, ni la arrastra por los suelos de la impertinente pedagogía, sino que brota de ella suave y espontánea, lo mismo que la forma exterior, sencilla siempre y libre de monotonías fatigosas.

La última fase del ingenio de Bustillo está representada por el primoroso romancero satírico, *El Ciego de Buenavista* ¹, rasgueado con la pluma de Quevedo, y por las poesías que semanalmente stampa en el frontispicio del *Madrid Cómico*. Quien aspire á conocer las llagas de la sociedad contemporánea convertidas en temas de arte, sin que la fidelidad de la reproducción estorbe á los vuelos de la inventiva, ni al sabor escrupulosamente castizo de la forma; quien admire al gran equivoquista del siglo XVII, y guste del naturalismo vivaz y palpitante en que ha tenido tan

¹ Madrid, 1888.

escasos continuadores, lea los versos del novísimo *Ciego* y le henchirán las medidas.

Muy otras aptitudes que las de Bustillo fueron las del ma'ogrado poeta de Cartagena José Martínez Monroy (1837-1861), muerto en la flor de la edad, y cuando sólo nos pudo legar las primicias de su espléndido numen, cuyas fuerzas así abarcaban las regiones plácidas del sentimiento como las tempestuosas de la inspiración social¹. Su poesía *El Genio*, publicada en las columnas de *La Crónica* (11 de Noviembre de 1858) y reproducida en varios periódicos, le acarrió una fama prematura, en que entraron por mucho la amistad y el compadrazgo político, ya que le tocase su parte á la originalidad atrevida de la composición. Leyéndola hoy con el más benigno y favorable criterio, no se le pueden reconocer otras condiciones fuera de la apuntada, y aun por ese respecto adolece de indecisión vaga, hija de la inexperiencia, y no de la profundidad de conceptos. Aque.la alegoría personificada logra tal vez asombrarnos por un instante; pero luego la vemos convertida en vapor tenuísimo é impalpable que se esconde á las más sutiles miradas. La forma no es tampoco muy correcta, como, ni en general, la de todos sus versos, en que no se ha de atender tanto al valor absoluto como al relativo, y á las promesas que sobre él podían fundarse.

En *La victoria de Tetuán* se entrega Monroy á los entusiasmos bélicos, muy en armonía con su carácter, excediendo en lo que apellidó Horacio *os magna sonaturum* á todos los líricos que cantaron la gloriosísima campaña de Africa. Allí se decía de la Victoria que

¹ *Poesías de D. José Martínez Monroy*. Madrid, 1864. Van acompañadas de una bellísima biografía del autor por Emilio Castelar, y de numerosos comentarios é ilustraciones por el insigne Hartzenbusch.

Es el beso de amor que ronco brota
De los ardientes labios de la guerra.

Allí estampaba Monroy esta sentencia sublime:

Que los brazos del déspota se cierran
Donde los brazos de la Cruz se abren.

No me detendré á analizar los fragmentos *Al telégrafo eléctrico*, *El arte*, etc., notas sueltas del himno al progreso humano que llenaba el corazón y la cabeza de aquel joven precoz, y le atraían con mayor imperio que las risueñas frivolidades de la entrada en el mundo. Los que en Monroy presentían un Béranger ó un Quintana destinado á inmortalizar las conquistas de la civilización y la libertad de los pueblos, no parece que van fuera de razón, aunque no falta en estos ensayos cierta grata variedad de tonos, sin excluir el del sentimiento moral y religioso, por el que aparecen inspirados el fragmento *A la Virgen* y *Lo que dice mi madre*, serie de agradables y tiernísimas estrofas. Como desempeño el cargo de crítico, y no el de profeta, me guardaré muy bien de repetir ó refutar los ditirambos y pronósticos con que honran al perdido ingenio una parte de sus admiradores.

Vive y tiene asiento en la Academia Española el antiguo Marqués de Auñón, hoy Duque de Rivas, cuyos primeros versos se daban también á luz hacia la mitad del siglo, aunque ni entonces ni ahora han logrado sino muy corto número de lectores, y éstos entre la aristocracia. El hijo del insigne creador de *El moro expósito* y *Don Alvaro* ha encontrado sólo animadversión hostil ó indiferencia en la opinión pública, que mira siempre con recelo á los Títulos poetas y no acata los fallos académicos, ni aun tratándose, como aquí, del heredero de un nombre simpático y gloriosísimo en nuestra Literatura.

Escritos en general hace muchos años, aunque

reunidos más tarde en colección ¹, no celebran al amor los versos del Duque de Rivas con la impetuosa vehemencia de la juventud; antes obedecen á un impulso casi radicalmente contrario y exhalan un perfume de tristeza apacible que pudiera creerse engendrado por la experiencia y los contratiempos de la vida. Ya en 1851 componía su balada *A un árbol*, cuyas melancólicas estrofas parecen arrebatadas á Uhland, sin que en ellas se proyecte ni un rayo siquiera de luz meridional. Pero ¡cuán poético es este modo de contemplar la naturaleza, en que el espectador la asocia á su propio destino, y dice:

Cuando la muerte mi destino amanse,
Arbol, ¿quién sabe si caerás también,
Si el féretro serás en que descanses
Mi helado pecho, mi marchita sien ²!

Si se entrega el Duque á más plácidos pensamientos, es para volver con insistencia á la meditación grave y filosófica, ya cultive la epístola moral á la manera de Jovellanos, ya éntre de lleno en el subjetivismo, emulando á Byron y Leopardi, con lo sombrío y obscuro de las tintas, aunque nunca desoye la voz de la fe, ni amarga el ánimo del lector con el corrosivo dejo, tan frecuente en los dos colosos, de la desesperación pesimista. ¡Lástima que á la superioridad moral de los sentimientos no corresponda la perfección de la forma, atestada de ripios é incongruencias en el autor español!

¹ *Sentir y soñar, versos de D. Enrique de Saavedra, Duque de Rivas*. Madrid, 1876. Léanse el discurso de contestación del Marqués de Molins al autor al ingresar éste en la Academia Española (Disc. académ., tomo III, págs. 471-503), y el juicio de Valera sobre la obra citada inserto en *La Ilustración Española y Americana* (número correspondiente al 30 de Abril de 1876). El Duque de Rivas ha publicado nueva edición de sus *Poesías*, que forman el volumen LXXIII de la *Colección de escritores castellanos*.

² De esta poesía ha hecho una disección cruel, y á todas luces injusta, el autor de los *Ripios aristocráticos*.

Por lo demás, el tono dominante en sus quejas cabe dentro del dogma cristiano, y aun de él en parte recibe su filiación, pues cristiana y místicamente se puede afirmar:

Mayor ventura que el presente alcanza,
Cualquiera tiempo encierra;
Un recuerdo no más y una esperanza
Es la dicha en la tierra.

Ocioso sería ponderar cuánto se aparta ésta de la otra poesía, toda halagos y colorido, en que, á diferencia del actual, se distinguió el anterior Duque de Rivas. Sin embargo, entre las obras del primero se registran tres romances y una leyenda histórica, *La hija de Alimenón*.

La sátira social y política tuvo sus representantes entre los poetas de la generación literaria que voy estudiando. Son célebres en este sentido las improvisaciones de Fernández y González, los varapalos que José Iza repartió á todos los personajes de alguna representación en el periódico *La Vibora*, y en los que se deja adivinar la mano de un nuevo *Figaro*, que concluyó por suicidarse á los veintiún años, y varias composiciones de Eulogio Florentino Sanz, una especialmente que circuló manuscrita por todo Madrid y preparó la revolución del año 54.

Entretanto se desbordaba inquieta y retozona por las columnas del *Semanario Pintoresco* la musa de un aprendiz de abogado, asiduo lector de los antiguos autores españoles, Quevedo en miniatura, pero sin bilis, y más aficionado á las alegorías que á las personalidades odiosas. La fisonomía del Madrid que ya podemos llamar antiguo, fotografiada en los años inmediatamente anteriores á la venida de las aguas del Lozoya, se estudiará siempre con fruto en los *Romances* de don José González de Tejada ¹, aunque no es necesario tal

¹ Madrid, 1878.

aliciente para leerlos con la delectación que se experimenta al saborear los frutos de un ingenio rico en travesuras y donaires, retrechero, saleroso y de cepa castiza. No desmienten tampoco su estirpe las *Anacreónticas de última moda*¹, caricaturas del niño vendado, parodias del amor platónico, idilios vueltos al revés, falsificaciones del género de Villegas y Meléndez, más legítimas que los originales.

Paréceme oportuno hablar aquí del popularísimo Manuel del Palacio², por más que la variedad de sus dotes como poeta le hacen digno de figurar en muy distintos grupos y de ser considerado por muy diferentes aspectos. La leyenda y la sátira, el soneto y la elegía, la copla y el epigrama, todo lo ha recorrido su fecundo numen, sin fatigarse en el transcurso de un período ya muy largo y de trabajo continuo. Veinte volúmenes de regulares dimensiones podrían formarse con sus versos, según calcula con fundamento el señor Sánchez Moguel, su último y autorizado biógrafo.

«Palacio, asegura el mismo crítico, pasa y pasará mucho tiempo para la generalidad solamente como poeta satírico. A ello ha contribuido sobremanera la celebridad que alcanzaron sus versos políticos.» Desde las Redacciones de los periódicos más exaltados de

¹ Madrid, 1860.

² Nació en Lérida el 24 de Diciembre de 1832. Pasó los años de la infancia en Soria, Valladolid y la Coruña, trasladándose en 1846 á Madrid, donde hizo conocimiento con los literatos jóvenes recién llegados, como él, de provincias. En Granada, residencia de su familia desde 1850, formó parte de la asociación juvenil y alegre que sus miembros apodaron con el título de *La Cuerda*. De vuelta en la corte, colaboró en los periódicos democráticos y en las principales revistas literarias. Después de la revolución de 1868 cambiaron notablemente la vida y las ideas de Palacio, y hoy, al cabo de mil encontradas vicisitudes, figura en el partido conservador el antiguo adversario de la Monarquía, constante sólo en el amor á las musas. Es individuo de número, electo, de la Academia Española. (V. *Obras de Manuel del Palacio. Sonetos, canciones y coplas*. Madrid, 1884.—*Veladas de otoño*. Madrid, 1884.—*Huelgas diplomáticas*, 1887.)

fendió la democracia con no menor brío que otros desde la tribuna. El dominio del consonante y la dura necesidad hicieron de Palacio un poeta á diario, un siervo de la pluma, que usaba y abusaba de la rima con más facilidad aún que de la prosa. Los que alcanzaron el decenio anterior á la revolución de 1868 guardan memoria de aquellos voladores y acerados rasgos con que llenaba las publicaciones de su partido el infatigable redactor del *Gil Blas* y *La Discusión*. Nunca como entonces se recrudecieron las luchas políticas en España, nunca hubiera tenido tal alcance esa arma, al parecer inofensiva. Ni las ideas ni las personas escapaban al látigo del poeta tribuno, empeñado sin cesar en una cruzada que hoy mira con indiferencia y casi con arrepentimiento. Aunque se censure el espíritu á que celosamente servía; aunque muchas de estas líneas desiguales carezcan de todo valor artístico, y estén afeadas por la precipitación y las consiguientes gravísimas incorrecciones, Palacio maneja la sátira con relativa destreza, y ahí está para demostrarlo la celebrada colección de fisonomías y caricaturas que escribió en colaboración con Luis Rivera, y que con el significativo título de *Cabezas y calabazas* tanto mortificó á más de un encopetado personaje¹.

El infatigable gladiador cambió de aficiones, dándose á beneficiar la vena del sentimiento, profusamente derramada por sus últimas poesías, en las que suelen hermanarse la ligereza y sencillez de la forma con la intensidad y transcendencia del pensamiento. Las impresiones más fugaces, los más imperceptibles ecos de la realidad, la historia cotidiana del mundo y del corazón, eso es lo que canta el poeta en sus deliciosas *melo-*

¹ Es libro mucho más raro que el de *Cabezas y calabazas* el populachero y demagógico que bautizó Palacio con este transparente epigrafe: *De Tetuan á Valencia, haciendo noche en Miraflores*.

días, lleven ó no este título, que para el caso no es indispensable. Siempre envuelto en la atmósfera de un subjetivismo melancólico é idealista, graba hondamente en el molde de la rima los erráticos movimientos de la reflexión, dejando adivinar en lo que dice lo que no dice, y dando á las más vulgares ideas aspecto de grandeza y originalidad.

Donde más resaltan, sin embargo, sus condiciones de poeta es en el difícil soneto, que cultiva con asiduidad y cariño, jugando con las asperezas del artificio métrico como juegan manos robustas con la ponderosa maza de bronce. Si un buen soneto vale por un largo poema, según sentía Boileau, mucho debe de valer la colección de Palacio, en la cual lo esmerado y sobrio de la factura, lo enérgico de la frase y lo elevado del concepto no estorban á la transparencia y claridad de la expresión, que pueden rivalizar con las de la prosa más sencilla.

Mi lira, En la muerte del escultor Figueras, Vox clamantis, Stella matutina, Tántalo y Hasta el fin, rayan en lo perfecto; otros que sería prolijo citar dejan en el alma del lector, ora la impresión impalpable y tierna de la balada, ora la enérgica y tempestuosa del canto bélico, reinando en casi todos el elemento personal é íntimo, que tanto los avalora. Lo insignificante de la idea unas veces, y otras el descuido de la forma, destruyen parcial ó totalmente el mérito de algunos, aunque pueda aplicarse aquello de *ex ungue leonem* á los menos favorecidos. Palacio ha hecho muy conocida esa variedad que apellidan *soneto filosófico*, y cuyo fin es colocar enfrente del optimismo cándido las vulgarísimas escenas de la vida práctica. Aunque el procedimiento no es original de Palacio ¹, ni deja de pre-

¹ Lo empleó en el siglo XVII D. Agustín de Salazar y Torres, quien á su vez parece haberse inspirado en Lope de Vega, Quevedo y algún otro.

sentar inconvenientes, le ha valido elogios é imitaciones que no sé si serán de su agrado. Distingúense entre sus sonetos filosóficos los que titula *Mensaje, Al despertar, Poesía y prosa, El amor ideal, A un crítico* y *El néctar de los dioses*, que recuerdan insensiblemente el festivo tono de Iglesias y Moratín, cuando no la incisiva sátira de Quevedo.

Recientemente ha venido á dedicarse Palacio á la leyenda romántica, propósito que no está muy conforme con el gusto de la época presente y que no le alabo, porque en ello se ha apartado de su vocación legítima. Distan mucho de ser indiscutibles los mandamientos de la moda; pero el que los infringe y contraría se condena á sí propio cuando no se impone con obras de más fuste que las medianas narraciones de nuestro autor.

Las *Chispas* que semanalmente llenan ahora un hueco de *Los Lunes de El Imparcial* coinciden en el tono y hasta en las apariencias con otras manifestaciones conocidas del ingenio salado y mordaz del antiguo periodista democrático. Los acerbos desengaños de la experiencia, las cabriolas y bufonadas humorísticas, la nota sentimental y la docente, las lágrimas y la risa, todo fundido en un molde elástico como la goma, hacen de las *Chispas* una lectura variada é interesante; pero conviene que no se fatigue tanto el eslabón, y que se elijan piedras más á propósito que algunas de las empleadas por el poeta.

Un crítico extranjero, Boris de Tannenberg, cree ver en Palacio los caracteres que distinguen á las *parnasianos* de la literatura francesa. Algo se les aproxima en el ornato exterior, en el artificio del verso, en la manera de cincelar la palabra, pero por coincidencia fortuita, y no por imitación; pues sin contar las ostensibles aficiones de Palacio á la poesía tradicional española y á la italiana de estos últimos años, no cabe decir de él sin injusticia que inmola en el altar de la

rima rica, como sus predecesores, el vigor y la virtud de los pensamientos ¹.

¹ Las postrimerías del romanticismo señalan una época de florecimiento para la poesía didáctica, y en especial para la fábula. El insigne Hartzenbusch naturalizó en castellano muchas de distintos autores alemanes, y las publicó reunidas con otras originales suyas en 1848, logrando las más selectas asombroso número de ediciones. Cuatro años después salió á luz una colección de fábulas políticas y morales por el magistrado D. Pascual Fernández Baeza. Valen mucho más las de D. Miguel Agustín Príncipe, osado é infeliz merodeador de todos los géneros literarios, pero que en éste nos dejó muestras no indignas de Iriarte y Samaniego, ni aun del mismo Lafontaine. Hay que añadir á las tres enumeradas las obras similares de Campoamor, de Carlos Pravia y Antonio de Trueba, del Barón de Andilla, de D. José M. Gutiérrez de Alba, etc.



CAPÍTULO III

LA POESÍA TRADICIONAL ANDALUZA EN SU ÚLTIMO PERÍODO

Escuela sevillana: Apezchea, Rodríguez Zapata, Bueno, Amador de los Ríos, Fernández y González, Reina, Fernández Espino, Cañete, los hermanos Herrero y Espinosa, los esposos Lamarque, Campillo, Justiniano, De Gabriel, Herrera y Robles, Mercedes de Velilla.—Poetas independientes: López García, Alarcón, Grilo, Alcalde y Valladares, Ginard, Sánchez Arjona, García Caballero, Concepción Estevarena, Peñaranda, Velarde, Cavestany, Rueda, Shaw, etc.

LAS enseñanzas de D. Alberto Lista, la vitalidad de una tradición amortiguada por el ímpetu del romanticismo, pero nunca totalmente extinguida, y las influencias de la raza, del clima y de la sangre, fueron las causas generadoras de la eflorescencia poética que se desarrolló en las capitales de Andalucía al promediar el siglo presente, y que aún no ha agotado su fecundidad. La patria de Herrera y de Rioja resiste á la invasión del cosmopolitismo, y conserva en su literatura algo del carácter que la ha distinguido y la distingue perfectamente; algo indestructible y superior al vaivén de las teorías, á las vicisitudes de los tiempos y al pasajero y estéril convencionalismo.

No sólo oportuna, necesaria me parece esta obser-